

Algunos días



ALGUNOS DÍAS
ACOIDÁN MÉNDEZ



PLASSON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2025

© del texto, Acoidán Méndez, 2025

© Plasson e Bartleboom, S. L., 2025

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-08-8

DEPÓSITO LEGAL: M-1836-2025

CÓDIGO IBIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Melisa Díaz

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

CORRECCIÓN: Estela Gómez y Ana del Amo

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

*A mi abuela Isabel,
que hubiese aprendido a leer
por adentrarse en esta historia.*

*Y a Carlota,
que le habría enseñado.*

Me llevó mucho tiempo, y el paso por dos países
que no eran el mío, para darme cuenta de que
para ser uno mismo es siempre mejor estar con
otro, sobre todo si el otro pertenece a una especie
distinta, es decir, si es totalmente no uno.

SYLVIA MOLLOY

Cuando le doy la mano a otra persona
me convengo de que la puedo tocar.

MARCELO MATTHEY

No ignores la belleza de este mundo extraño.

ÉL MATÓ A UN POLICÍA MOTORIZADO

MAYO

Domingo 8

El encargado me despertó de madrugada porque saltó la alarma del bar. Se ha colado un animal, me dijo. Hazme el favor, te lo pido, te doy un día libre, pero mira a ver qué pasa. Después me envió una foto medio borrosa de la cámara de vigilancia. Unos ojos centelleaban en medio de la oscuridad del almacén. En la negrura del espacio no cabe nada, pero esos brillos abren un hueco a la posibilidad o, por lo menos, a la duda. Un gato. Un gato negro entre los cascacos de cerveza vacía. Desperté a Carlota. Parece una rata, me dijo ella. Sentí un poco de miedo y le pedí que me acompañara. No es que tenga miedo, me excusé, pero no sé, imagínate que se pone a la defensiva.

La indicación era que teníamos que esperar a la policía. El protocolo cuando hay animales es claro: los retira una unidad específica. Empecé a mover cajas y se me cayeron un par de botellas contra el suelo de hormigón. No se rompieron, pero tras el ruido del vidrio escuchamos una especie de quejido leve. Carlota fue intuitivamente siguiendo el sonido y llegó al cuartito de limpieza. Tras los botes de lejía y amoníaco, bajo las escobas, atrincherado en las bayetas: nada. Hasta que miró dentro del balde de la fregona y, agazapado bajo el escurridor, ahí estaba. Un perrito de pelaje negro, con una mancha blanca en la pata, aullaba a duras penas. Sonó el timbre del bar. Carlota me miró, agarró el cachorrito en brazos y me dijo: no vimos nada. Y se fue corriendo al baño.

Recibí a dos uniformados que no pararon de hacerme preguntas. Pensé que era un gato, les dije. El jefe me llamó y me envió esta foto, seguí explicándoles mientras les mostraba el móvil. Pero no vimos nada.

¿Entre esos cartones?

Nada.

¿Y debajo de las estanterías?

Un montón de polvo.

El polvo vamos a dejarlo, por el momento.

El policía no hizo ni una mueca. Su compañero continuó escuchando el almacén, lo convirtió en la escena del crimen.

¿Y esta zona? Volvió a preguntar.

Nada, ahí están los cubos, los trapos, los productos de limpieza.

Yo creo que habrá entrado y salido por el hueco de la puerta, se aventuró a decir el callado.

¿Ha pasado con anterioridad?, volvió a la carga el inquisitivo.

Que yo sepa no.

¿Hay algún desperfecto o alguna cuestión relevante para añadir a su declaración?

No.

Pues nuestro trabajo termina aquí... Si vuelve a ver al bicho puede ponerse en contacto llamando a este número.

Y me pasó una tarjeta. POLICÍA MUNICIPAL. UNIDAD DE PROTECCIÓN Y BIENESTAR ANIMAL. Les di las gracias y se fueron.

Después me aseguré de cerrar bien con llave y fui a buscar a Carlota. Al darme la vuelta, la encontré justo detrás con la cría en brazos y di un brinco del susto.

¿No es precioso?

La mirada del cachorro era una postal.

Mediodía

El perro parece cómodo. Nos preocupa que trae una especie de ronquera, al respirar emite un silbido, como si estuviera resfriado. Le digo a Carlota que podríamos llamarle Negro, pero le parece manido. Y racista, dice.

Con algo de miedo lo coloco encima del sofá. Frida, la gata, se acerca curiosa y amago con quitar al perro. Carlota me advierte: si van a vivir juntos tendrán que conocerse. Ponlo otra vez, me dice. La gata empieza a olfatearlo, lo tienta, trata de entender qué es esa bola de pelos que apenas se mueve. Nunca había caído en la blancura y el tamaño de Frida, al lado del perro es gigantesca. Contra todo pronóstico, comienza a darle unos lametones en la cabeza. Carlota y yo nos miramos ilusionados. A los tres segundos, la gata se distancia y bufa amenazante.

No fui a yoga.

Lunes 9

Le mando un mensaje a Flor. Cuando empezamos el taller el año pasado, pensamos que sus textos sobre perros eran pura ficción. Algo después, tras los encuentros semanales y el muestrario de cachorros que iban apareciendo junto a ella, supimos que su obsesión canina era autobiográfica. Flor pertenece a una ONG que se encarga del tránsito de los animales abandonados. Los rescatan de la calle y los cuidan hasta que les encuentran un hogar. Todo esto me lo explica en un audio donde también añade que, en Buenos Aires, cuando los animales aparecen en zonas donde no hay vacunación y mucha pobreza, como es el conurbano bonaerense, los cachorros pueden estar infectados de unas enfermedades medio feas: moquillo y parvovirus. Antes de entregarlos a nadie, el protocolo es esperar diez días, que es la ventana en la que podría manifestarse la enfermedad en el animal. En su explicación agrega que es una experiencia espantosa para cualquiera que se decida a adoptar: que le den un perro y que se le muera en diez días. Carlota, que escucha junto a mí, arquea las cejas y sale del salón. Al minuto vuelve y me dice: ven, mira, seguro que nos ayudan. En mi mesa de noche descansan varias velas encendidas delante de una foto de mi abuela, san Esteban y san Rafael.

¿De dónde sacó esas estampas?

Martes 10

En la clínica veterinaria todo son buenas noticias. El ronquido no presenta ninguna sospecha de enfermedad. Si persiste más de dos semanas tal vez haya que mirarlo, pero en cualquier caso no es para alarmarse. El único inconveniente viene con el documento de identificación del perro, la veterinaria pregunta cómo se llama y no sabemos qué decir. Silencio. ¿Podemos dejarlo en blanco? Sí, pero, por favor, es importante que no tarden en bautizarlo. Así se va a acostumbrar a su nombre. Al final hay un inconveniente extra: el importe de la factura.

De vuelta a casa, en el metro, decimos más de cien nombres. Ninguno nos convence.

En terapia

Le hablo a Fernanda del deseo de Carlota de ser madre. Le digo que, desde que la conocí, tengo muy claro que en el algún momento querrá agrandar la familia. Ella, impertérrita, como en cada sesión, me pregunta:

¿Y tú? ¿Quieres ser padre?

Me quedo vacilante. Un sí ya no es convincente y, si digo que no, estaría mintiendo. Elegir es desechar la potencia de otra cosa y la potencia siempre es más bella. La concreción, por el contrario, nos devuelve lo que somos. Como un espejo. Claro que también hay belleza ahí, pero de otro tipo. Una belleza rasa, cruda.

Aunque estoy con mi terapeuta siempre tengo la sensación de que hay una respuesta correcta y otra que no tanto. Siempre elijo la errónea. Le digo que mi criterio para tomar decisiones en la vida es saber qué quiero a través de lo que no quiero, aunque no sé si la fórmula es válida en este asunto. Por ejemplo, no me imagino viejo y sin hijos, pero no sé si eso indica que quiero tenerlos. Le hago ver mi razonamiento, lo expando diciéndole que siempre he fantaseado con hablar con mis hijos o hijas cuando sean mayores, conocerlos, acompañar sus miedos y dudas, descubrir qué quieren hacer, pero que no sé si me gusta tanto el proceso hasta que crezcan.

Fernanda larga una carcajada. Es tan seria que, ante su risa, siento una leve satisfacción.

¿Entonces no quieres ser padre?

Sólo con una pregunta, esta vieja lacaniana es capaz de construir la epifanía. Como es habitual, en el punto álgido de la sesión nos quedamos sin tiempo.

Este es un tema, ¿no? Lo seguimos hablando, ¿cuándo volvemos a vernos?

Tomo nota de nuestra próxima cita y pago los cuarenta euros.

A la vuelta, entre las caras ajenas del transporte público, leo *El amigo* de Sigrid Nunez: «Más que escribir sobre lo que sabéis, escribid sobre lo que veis».

En el bar, noche

Los nubarrones del cielo combinan con un calor seco que persiste aún en la madrugada. Caen cuatro gotas de lluvia que, lejos de aliviar, sirven para empolvar ventanas, adoquines y coches. Me gusta escribir desde la barra, mi turno ha terminado.

Veo a los últimos supervivientes. Un grupo de tres amigas charlan muy animadas. Una pareja siembra los cimientos de una noche que terminarán contándoles a sus hijos cada cena de Navidad. Un señor con traje gris sale a fumar. Anoto cosas todo el tiempo. En el papel sucio y fino de las comandas siempre aparece algo, en los márgenes. Palabras que no volveré a escribir, destellos, promesas. Me resulta fácil hacer promesas, a mí mismo, a los otros. Durante toda mi infancia iba de la mano con mi padre a lugares en donde te prometían llegar a ser alguien distinto, alguien mejor: guitarrista, futbolista, nadador, fotógrafo. Nada que ver con la realidad: **Escritor. Actor. ¿Camarero?** Siempre era lo mismo, me anotaba a un taller o actividad extraescolar para luego ir dejándolo morir con el paso de los días. Pese a todo, la ilusión de ser otro se mantiene hasta hoy.

En el final de la barra, uniformado con pantalón de pinzas oscuro, camisa corta y zapatos, está el dueño del restaurante coreano de al lado. Cuando viene, se limita a pedir uno o dos chupitos

de vodka, apenas dice nada. Hasta hace poco no sabía su nombre, pero el otro día mencioné Seúl y algo en él se detonó.

Dijo: mucho atasco, Seúl. Dijo: mi nombre es un poco fácil, como jabón pero con una o: Jobón. Dijo: mi suegro militar, muy serio. Dijo: con nietos sí habla, ríe y habla. Con nietos. Otra persona... Uffff.

Su postura desprende cierta teatralidad, la espalda erguida y una mirada serena. Ahora se despide con una reverencia de mi compañero. Parece el protagonista de una película clásica, su sencillez es de una elegancia inusual. Al salir, trato de encender un cigarro, pero el mechero no funciona. Desde la otra acera, Jobón sonrío, cruza y me ofrece el suyo.